A Rafael Maya

Escribe: **ARMANDO ROMERO LOZANO**

En el *Viaje del Parnaso*, el maestro supremo de nuestro idioma castellano, Miguel de Cervantes, se excede en afectuosa generosidad con hombres de letras que difícilmente se recordarían sin esa mención y loa, trenzada en ágiles tercetos. Acoge así el manco sano entre los militantes del bando apolíneo, con “mano rota y largo de mercedes” a un modesto Juan de Meztanza.

*“cifra y suma
de tanta erudición, donaire y gala,
que no hay muerte ni edad que lo consuma.
Apolo le arrancó de Guatemala
y lo trajo en su ayuda para ofensa
de la canalla...”*

De suerte, pues, que el genial creador de don Quijote y Sancho sacó de apartada provincia del imperio castellano a un erudito no carente de cierto donaire y castigadas formas de decir, capaz de enfrentarse a la canalla de la lengua.

Proporciones guardadas y trasladado el caso a más ceñida esfera, heme aquí, de la noche a la mañana, mi querido maestro, encumbrado sin saber cómo ni cuándo, no al esquivo monte, cual otro Meztanza, merced a la generosa ponencia del maestro de los nuevos ritos.

Entrar en la enhiesta casa de las buenas letras, del brazo del autor de *Coros del Mediodía* y de *Navegación nocturna* es honor que a más no puede aspirar mi ambición recoleta. Allí, por ventura, llegué y allí me quedo, sin más afán ni oficio que ayudar, por menos, al aseo y decoro de la real morada.

Y para este honroso servicio me siguen procurando alimento y guía las obras en poesía y de alta prosa —poesía del pensamiento— con que usted ha mantenido en su nivel majestuoso la tradición literaria de Colombia. Desde *El rincón de las imágenes*, finas y galanas aunque quizás

todavía indecisas, hasta los estudios admirables, en sumo grado, contenidos en *De perfil y de frente* he venido acompañándolo en espíritu sobre la línea ascendente de su magisterio escrito. Y amparándome, otra vez, en atrevida semejanza, podría exclamar como el viajero florentino de ultratumba, —y doy su extremada loa en la versión anteclásica del marqués de Villena—: “Pues eres tú aquella fuente que expandyo y hablar tan largo río... O de los otros poetas honor y lumbre. Válgame, agora, el luengo studio e gran amor que me fizo buscar los tus libros”.

Y cómo quisiera merecer, al cabo, la declaración de en seguida: “Tu eres el mi maestro y el mi autor, tu eres sólo aquel del qual yo tomé el feroso stillo que me ha hecho honor”.

Créame que, de veras, no me sale de compás reputar la obra poética y de crítica de usted como una escala de perfección de grado en grado a tal punto empinada, que se temiera no consentir ella un paso más si no fuese verdad sabida y comprobada que toda perfección humana es relativa y que el descubrimiento de la belleza le abre al ingenio, como las galeras de la conquista, múltiples e ignotos mundos de conocimiento y expresión. Esta casi física sensación de lo perfecto me han producido recientemente los últimos libros de usted llegados a mis manos: *Navegación nocturna* y *De perfil y de frente*.

Me complace haber sido copartícipe de la edición de estos estudios que nuestro común amigo, el magnífico Mario Carvajal, ha dirigido con magistral cuidado. No es aventurado tenerla por lo más correcto y nítido de cuanto de usted se ha impreso. En algunas de estas ediciones, las oficiales mayormente, pululan las erratas más deplorables. En la edición universitaria no he tropezado con una sola. ¡Y cómo hubiera deslustrado la tersura externa de sus páginas!

A este punto me sale a la plaza una secreta preocupación. Adelanta usted un juicio sobre su propia posición literaria, en la advertencia que precede a *De perfil y de frente*, obra editada por la Universidad del Valle: “La generación a que yo pertenezco recogió buena parte del legado modernista. Por lo tanto me eduqué, personalmente, en el culto de la prosa de timbre estético, que divulgaron las mejores inteligencias de América”. Pues bien, le da usted allí pie al análisis y a la crítica que vivo echando de menos sobre la obra completa de Rafael Maya. Sí. Sé que no faltan juicios parciales y ocasionales de esa fábrica de solidez y penetración indiscutibles. Y reina un consenso general que reconoce el subido valor de su verso y de su prosa. Goza usted gracias a su cátedra impresa y expresa, progresiva y perseverante, como pocas en esta edad convulsa, de una autoridad y noble prestigio de maestro del pensamiento y el estilo, que solo habían alcanzado, en mi mocedad, Antonio Gómez Restrepo y, con menos arraigo, Baldomero Sanín Cano. Pero ya la extensa y nutrida tarea literaria de usted le está, de suyo, reclamando a la crítica un trabajo de investigación más amplia, más profunda, mejor fundamentada. Un minucioso y comprensivo análisis de las unidades y de los elementos que integran esa eminente producción estética. Una detenida y sagaz pesquisa de la formación que usted recibió y de los influjos de todo orden que en usted obraron. Algo así como el estudio de Marasso

sobre la poesía de Darío y sobre la novela inmortal de Cervantes. Se fijaría, en este estudio, hasta dónde se impregnó de esencias virgilianas, desde el severo ambiente del seminario, el numen poético de este hijo del Popayán de nuestro siglo; qué puntos y caracteres de ilustración y de criterio imprimieron en el autor de *Alabanzas del hombre y de la tierra*, los pensadores, los historiadores y críticos del siglo XIX, un siglo XIX que se prolonga hasta la paz de Versalles; qué hálitos de refinamiento y de exquisitez, atemperados, infundieron al autor de *El espíritu de fuego*, los genios itálicos y tudescos del pensamiento lírico; qué gérmenes de sentido y sana doctrina depositaron en su mente y en su espíritu el siempre acatado Kempis y el hoy desdeñado Balmes; qué vivificante penetración estilística e idiomática efectuaron en el ensayista de *Los tres mundos de don Quijote* además del robustecimiento ideológico que fomentaron, los clásicos aureoseculares de la península madre, Cervantes, naturalmente, por encima de todos, y en suma, definiría ese presunto crítico —poeta, biógrafo, sicólogo y juez de letras, a un tiempo mismo— la *situación* y la *presencia* y la *posición*, en la serie de las generaciones valiéndose de las categorías crítico-históricas de Thibaudet, del maestro Rafael Maya, en el cuadro de la literatura nacional y la hispánica.

De esta concienzuda labor analítica, que convierte la valoración literaria en amorosa experiencia de laboratorio estético, saldría reluciente la sustancia original, el aliento personal, intransmisible que diluye y trasciende de las aportaciones imprescindibles de una cultura individual vigorosamente asimilada.

Pero es al creador de poesía, es decir, de una concepción y una forma peculiar encarnadas en esa especie inefable, a quien sus devotos oyentes y leyentes deseamos ver *confirmado* por un ministerio crítico, de sapiencial autoridad plenamente reconocida, que ejercerá sobre esa egregia ofrenda, con sereno entusiasmo, su función consagratória.

Tengo abiertas sobre la mesa las albas hojas de *Navegación nocturna*. Y con emoción culminante vuelvo a detenerme en las estrofas sáficas del poema titulado *A una ciudad*. Obvio sería enfrentarlas al consabido *Canto a Popayán*, de adaptación examétrica. Pero el poema de Valencia es de inspiración “decadente”, se entiende de decadencia helenica, “alejandrina”, como acertadamente calificó a la musa de *Ritos* su juez de cabecera Sanín Cano. El canto sáfico adónico de usted *A una ciudad*, es del más diáfano y puro helenismo, de estirpe más eolia que ática. Parece compuesto y grabado en la luminosa isla de Lesbos.

Justamente uno de los motivos complementarios de esta impertinente y dilatada epístola es hacerme intermediario de un joven sacerdote, latinista de vuelo como hay pocos en la patria de Caro, Alfredo Becerra, secretario de prelados en el Concilio Ecuménico, quien desea dar a conocer de académicos y humanistas las versiones latinas que viene componiendo de poetas castellanos. Adjunto remito a usted la del famoso soneto de Valencia a Jesucristo. Está escandida en intachables estrofas sáficas, con supresiones y leves modificaciones impuestas por la concisión romana. Buscando equivalentes métricos entre la tetrástrofa dicola —perdóneme el pedantesco terminacho— y la estrofa sáfica por usted mara-

villosamente remozada, he observado que la medida que usted transporta para cantar a las "piedras ilustres" de su ciudad nativa, modifica valientemente la estructura métrica latina. No el final adónico, que es casi transcripción cuantitativa del adónico clásico, sino los tres endecasílabos integrantes. Me suenan como más cercanos al ritmo originario latino los semejantes a este, de su poema: *Tórnese polvo la presente y mínima...* Por lo demás, no estoy diciendo cosa nueva ni reprochable a quien sabe de sobra las diferencias fonéticas y rítmicas entre la lengua antigua y la moderna.

Pero estoy derivando a zonas de arte donde mis débiles plantas darían, de fijo, más de un traspies. No me queda más remedio que revestirme, una vez más, con armas superiores a mis alientos, y repetir la última estrofa de su poema *A una ciudad*:

*Yo aguardo aquí —pues la esperanza es larga—
al nuevo Aquiles de los pies veloces,
y en tanto arrimo la impaciente lanza
contra esta torre.*